

Juan Miguel G. S. Sánchez

Donde los pies me lleven

ALC Ediciones - Narrativa

***Este libro ha obtenido el primer premio del I
Concurso Literario “Letras Cascabeleras” en la
modalidad de narrativa.***

Primera edición, febrero 2014

Edita: ALC Ediciones – Asociación Cultural Letras Cascabeleras
www.lettrascascabeleras.es

Colección Letras Cascabeleras nº. 1

Autor: Juan Miguel Gutiérrez de la Solana Sánchez.

Impresión: Estugraf.

Depósito Legal: CC-000014-2014

I.S.B.N. : 978-84-941747-1-1

La obra se encuentra protegida por la Ley española de propiedad intelectual y/o cualesquiera otras normas que resulten de aplicación. Queda prohibido cualquier uso de la obra diferente a lo autorizado en las Leyes de propiedad intelectual.

A todos los componentes del sin par grupo *Verdes Atardeceres*: Maribel, Isabel, Carmen María, Leticia, Virginia, Marco, Ángela y José Luís. Que no decaigan esos miércoles.

A mis compañeros de trabajo, en especial a todos los que están, han pasado y pasarán por la planta de Tocoginecología. Lo siento, son demasiados nombres...

Y, cómo no, a mis amigos de toda la vida. Vosotros sabéis quiénes sois.

Donde los pies me lleven

Marcelino Losada Murillo no terminaba de creerse lo que estaba haciendo, aguardando turno en una de las roperías de la calle del Pez, macabros establecimientos en los que se podía adquirir ropa “usada” a muy buen precio.

Lo cierto era que necesitaba un cambio de imagen de manera urgente. Su desharrapado aspecto actual le había hecho ser confundido por un mendigo en más de una ocasión, lamentable error cuyos efectos siempre derivaban en una invitación a pasar la noche en los calabozos.

Marcelino comprobó su figura en la luna del escaparate de la tienda, cuyo devuelto reflejo otorgaba la completa razón a la suspicaz policía: el abrigo de astracán estaba raído al completo, y sus muchos rotos no eran rival para el duro invierno de Madrid. El desgastado pantalón a rayas tampoco ayudaba, pues era evidente que sus mejores tiempos ya habían pasado. Incluso el abollado y descolorido chapeo le hacía ser blanco de los comadreo de las vecindonas del barrio.

Pero lo peor de todo eran los zapatos.

Estos se mostraban rotos, sucios y sin suelas; en su lugar, unas tapas duras de un diccionario de latín intentaban dar cobijo a los pies de Marcelino. Pero

hasta aquel distinguido saber de la humanidad había sucumbido en pos de las interminables caminatas que Marcelino se daba por la Puerta del Sol, siempre en busca de aquellas pesetas que le permitieran tomarse un café con media tostada, para así intentar sobrevivir al pesaroso día a día que sufrían los literatos de cafetín.

Sí, era evidente que necesitaba un cambio de imagen. Había conseguido reunir diez pesetas en sus continuos asaltos a la bondad de los madrileños, y a pesar del hambre que le atormentaba, Marcelino había dispuesto que lo primero que haría con ese dinero sería mejorar su deteriorado aspecto.

—¡El siguiente! ¡Vamos, que no tengo todo el día!
—La áspera voz del marchante casi le hizo temblar.

El interior del establecimiento se hallaba aliado con la penumbra. Flotaba en el ambiente un tenue olor a cadaverina y a tierra removida. Tras el mostrador se perfilaba un hombre magro y barbudo, con un gastado metro de sastre sobre los hombros encorvados, aguardando con sucinta paciencia al próximo cliente.

—Buenos días —saludó Marcelino—. Necesito algo de ropa.

—No me diga —soltó el dependiente de manera socarrona—. Quién lo diría...

—¿Qué tiene por ahí de mi talla? —inquirió Marcelino ignorando el comentario.

—Vamos a ver... —dijo el sastre componiendo gesto de experto—. Por las hechuras de sus hombros creo que le interesa adquirir este abrigo. Pertenecía a un anarquista que fue pasado a garrote ayer mismo. ¡Huela, huela...! Aún se percibe el olor a pólvora que desprenden los revolucionarios.

—De acuerdo, creo que está bien —acertó a decir Marcelino.

—Para esas canillas que tiene por piernas le ofrezco este pantalón de pana verde. Hace juego con el abrigo y, como puede comprobar, está bien conservado.

—¿Y a quién dice usted que perteneció esta prenda?

—A un tífico que encontraron tieso esta mañana en un banco del Retiro; pero no se preocupe, está convenientemente desinfectado.

—Ya...

—Y lo mejor para el final, pues veo que de lo que más urge usted es de un buen par de zapatos.

—En eso no se equivoca —otorgó Marcelino algo avergonzado.

—Son muchos años en el negocio... A ver qué opinión le merece este par, apenas tiene rozaduras, y los cordones aún aguantarán lo suyo.

—¿Se sabe algo de su anterior propietario? —preguntó Marcelino con algo de recelo.

—Creo que pertenecía a un abuelete que despa-charon hace dos días; por lo visto entraron los la-

drones en su casa y lo tumbaron de un pistoletazo. Hay que ver qué tiempos...

—Sí, qué tiempos... ¿Y a cuánto alcanza todo el lote?

—Serán siete pesetas, caballero. Una ganga. Se lo queda, ¿verdad? Muy amable; excelente elección, no le quepa duda. Puede cambiarse de ropa tras esa cortina. ¡El siguiente...!

Y de esta guisa se presentó de nuevo el buen Marcelino al mundo, con el ánimo enardecido de igual manera que cuando llegó a la capital para conquistarla con su libro de poemas. Y le sobraban tres pesetas. Suficiente para tomarse un café con media tostada e incluso alquilar una yacija en la infame pensión Han de Islandia, lugar de “recreo” de busconas, ladronzuelos y literatos eternamente inéditos.

Caminaba Marcelino con cierto garbo y aire de suficiencia por las callejas cuando acertó a descubrir, con gran sorpresa, que tras él comenzaba a formarse una algarazara de canes, que gañían y emitían tristes ladridos en pos del fúnebre aroma que desprendían los nuevos ropajes del advenedizo poeta, que tuvo que empezar a correr para quitárselos de encima, siendo por ello objeto de mofa y escarnio por parte de los ociosos bigardos y las oteadoras comadres.

Tras de haber conseguido burlar la jauría, Marcelino comenzó a divagar de nuevo en los sinuosos recovecos de su mente, configurando temerarios planes para la presentación a la díscola terna de edi-

tores de su poemario, tan injustamente infravalorado hasta entonces.

Luego de caminar durante un buen rato, y ya con el sol dibujando los complicados entresijos del crepúsculo, Marcelino acertó en apartar la mirada del suelo y a despejar las ensoñaciones con un movimiento de la cabeza.

—¿Pero dónde diantres estoy? —atinó a decir el anonadado poeta.

Había dispuesto el camino hacia algún café cercano a Sol, pero ahora mismo se encontraba en un lugar de Madrid que no conocía. Era un barrio algo apartado, lejos del centro, con al parecer muy poca vida asomando en las calles. Se había parado justo delante de una puerta gris de doble hoja. Se dio la vuelta, intentando ubicarse, pero no reconocía el sitio. Los últimos rayos del sol fundieron las sombras con la incipiente noche, y un postrer tremolar del viento pareció dar lugar al último suspiro del día.

Marcelino no pudo evitar un leve estremecimiento. Tras acercarse a un cruce próximo orientó sus pasos hacia una de las calles; no bien hubo caminado durante un tiempo cuando al fin encontró lugares y edificios más habituales. Las luces del café Victoria resplandecieron frente a él. Marcelino pareció enervarse como si hubiese llegado a un lugar de peregrinaje y devoción.

En el interior del establecimiento se podía encontrar la más variopinta fauna de aquellos años bohe-

mios. De entre los rateros, los chulos y las mocetonas de alquiler destacaban los sombríos rostros de la gallofa literaria: poetas provincianos reconvertidos en hampones; jóvenes e ingenuos domadores del soneto; periodistas de la canalla que mostraban ufanos su merovingia cabellera; “sablistas” del verso y de la tostada... Y, sobresaliendo por encima de los demás, los gerifaltes de los distintos grupos anarquistas, aullando sus proclamas victoriosas mientras sus largas barbas manchadas con espuma de cerveza se balanceaban al compás de sus devaneos.

Todos ellos sobrevivían como podían, cruzando el pesaroso día a día sobre el delgado alambre del oportunismo y la precariedad, cuidando de no caer de bruces sobre el intransigente articulado del Código Penal.

Entre toda esta algazara encontró fácil y cómoda protección Marcelino, el malogrado poeta, amigo y cofrade de la amplia marea de escritorillos inéditos. Sus tres pesetas le otorgaron interesadas camaradas y la silenciosa pero fiel compañía de una botella de vino tinto.

Ya cerca de medianoche, salió Marcelino del local ebrio y sin una moneda para pagarse el fermentado lecho. Se atusó la chalina en un vano gesto por mantener la compostura y enfiló sus pasos hacia los conocidos bancos del Retiro.

Quizás fuese culpa del travieso morapio, o puede que a causa del poderoso influjo del plenilunio, el

caso era que, cuando se quiso dar cuenta, Marcelino se encontró de nuevo frente a la misteriosa puerta gris de doble hoja. Miró sus zapatos con aire confundido y meditabundo. Le habían vuelto a llevar hasta aquel lugar. Entonces escuchó unas voces que provenían de una rúa cercana. Su instinto le hizo retirarse hacia las esquivas sombras. Dos bigardos de la peor catadura hicieron su aparición, comprobaron el entorno con prudencia y después desaparecieron en el interior de la zahúrda.

No sabía el motivo exacto, pero Marcelino intuyó que lo mejor que podía hacer era retirarse de allí sin revelar su presencia.

Al día siguiente, después de haber disfrutado de una inspiradora noche al aire libre, y luego de sablear a un amigo unas perras para el café con picatostes, Marcelino se conjuró para desenmarañar el enigma de sus extraños vagabundeos nocturnos.

Lo primero que hizo fue visitar de nuevo al díscolo modisto de lo fúnebre. Tras una serie de averiguaciones consiguió la dirección del anterior propietario de sus zapatos, pues Marcelino estaba convencido de que estos estaban hechizados, o cuando menos poseídos por el ánima de su original y desdichado dueño. Se percató de que a la luz del día su calzado se comportaba de forma natural, obedeciendo todos sus mandatos. Era a partir de la caída del sol cuando comenzaba a percibir una sensación de tiran-

tez, como si sus pies se empecinaran en dirigirse una y otra vez al mismo sitio, frente a aquella puerta.

Sus contactos con la bellaquería de la Puerta del Sol le indicaron que en aquella vivienda, que constaba como abandonada, tenía su acuartelamiento una conocida y peligrosa banda de malhechores.

A pesar de la resaca y del escaso descanso, Marcelino fue capaz de ir uniendo los diferentes cabos. Pero debía ir paso a paso, ser precavido... Lo primero de todo, visitar el domicilio del finado abuelo.

Allí le recibió la acongojada familia, de cuyos componentes sobresalía una nieta de carnes prietas y bucles dorados, con mirada inocente y manos pequeñas pero juguetonas. El aroma que desprendía hizo que Marcelino intentara mantener su mejor compostura, algo que no era decir demasiado a su favor. Se presentó como un conocido del difunto, y así fue como pudo enterarse de los pormenores del asalto. Resultaba que habían robado unos pagarés de gran valor, ya que el anciano, de nombre Roberto Fresneda, había resuelto dividir su fortuna para un mejor reparto en bien de sus herederos. Ahora no les quedaba nada. La ruina más absoluta se cernía sobre ellos, y era entonces cuando las lágrimas que asomaban a sus ojos vertían todo el dolor y congoja que antes era fingido a medias.

Se despidió de ellos augurando buenas nuevas y prometiéndoles que haría todo lo posible por esclarecer los hechos, que tenía conocidos en la policía –

algo que era del todo cierto—, y que no descansaría hasta que el futuro de Anita, pues así se llamaba la moza, estuviera de nuevo a salvo. Ella le despidió con un mohín afectado y una pequeña llamita de lujuria prendiendo en la mirada. Y así, Marcelino partió hacia la misión con el ribete perfilado de los antiguos y desinteresados hidalgos, aquellos que hollaban los caminos en los añorados tiempos de los Felipes.

Ya en la calle tuvo a bien de olvidarse de los policías, pues seguro que estos le acusarían del crimen. Tampoco buscó ayuda en la truhanería con la que solía codearse, ya que podían pisarle el negocio. Comprendió entonces que estaba solo en el asunto.

Marcelino se refugió en un cafetín poblado de covachuelistas, que trataban de alargar el triste momento del regreso al hogar dando vueltas a las vacías copas de brandy. Debía actuar esa noche, pues, casi con toda probabilidad, esa tropa de “saltatapias” no tardaría en convertir en dinero aquellos pagarés. Meditó durante varias horas diversos planes, a cada cual más estrafalario, pero no llegaba a decidirse por ninguno. Le aterraba la idea de portar armas, y de su condición física tampoco se fiaba demasiado. El enfrentamiento con los criminales era asunto de la policía, él era un simple poeta que solo sabía transgredir las normas de las estrofas y las rimas.

Si daba el chivatazo se presentaría a la familia como un cobarde, y podría quedarse sin tajada; debía

apañárselas para actuar al mismo tiempo que los uniformados, estar presente en el momento de la “pesca”. Así obtendría los favores de la familia y, sobre todo, las atenciones de Anita. No bien contempló que el día languidecía cuando Marcelino sintió de nuevo ese hormigueo en los pies. Los espectrales zapatos volvían a tomar las riendas que conducían a la justa venganza.

Esa noche le pareció a Marcelino más lóbrega de lo normal. Se dejó llevar por el sobrenatural paseo al que le obligaban los zapatos; quizás se le ocurriría algo por el camino, aunque no estaba muy seguro de ello.

El aire era frío, levantándose en breves y heladoras rachas, como la agitada respiración de un moribundo. Marcelino se arrebujó en su abrigo lo mejor que pudo. De pronto divisó a un policía holgazaneando. Su natural instinto de conservación le hizo buscar cobijo en un portal cercano. Fue entonces cuando se le iluminó el rostro. Haciendo acopio de valor se acercó al guarda.

–Buenas noches –saludó Marcelino con gravedad.

–Buenas... –comenzó a responder el agente de la ley–. Espere, yo a usted le conozco. ¡Toma! ¡Como que es uno de esos anarquistas de libreta! ¡Acompáñeme ahora mismo al cuartelillo!

–¡No tan rápido! Eso le costará una carrera al menos, pedazo de fantoche.